

# *Dios nos asista*

**Santos Juliá, El País, 12 de febrero de 2012**

Cuando Larra escribió este delicioso folleto, andaban el pueblo y los políticos en largas disputas sobre los cimientos de la Nación y la validez de la construcción de la casa que la Nación necesitaba. Corrió entonces la voz de que se iba a reponer la Constitución de 1812. “¡Bravo! –exclamó Larra- Esto se llama andar camino. Aquí no se sabe sumar, pero restar a las mil maravillas. El año 14 vino el Rey y dijo: Quien de catorce quita seis, se queda en ocho; vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, quedan catorce. Vuelvan las cosas al ser y estado del año 14”. Y así, los del año 23, que quitan tres para quedarse en el año 20; y los del 36 que quieren restar más en grande y quitan veinticuatro para quedar en el año 12. Total, “que ya te lo he dicho: tejedores: tejer y destejer. Nadie vende su tela y nadie hace tela nueva.”

Muchos años después de Larra, Juan Valera echó la mirada atrás y no vio en la reciente historia de España más que un “continuo tejer y destejer, pronunciamientos y contrapronunciamientos; constituciones que nacen y mueren; leyes orgánicas que se mudan apenas ensayadas [...] apuros y miserias del Tesoro [...] inconsistencia de las más respetadas agrupaciones, por el alejamiento de ellas de los que no viven de la política, dejando solos a los prohombres políticos de profesión, a su clientela y a los capitalistas, prestamistas y banqueros, que especulan con los ahogos del erario”. Y concluía Valera, en un raptó de melancolía, él, lo más alejado del intelectual melancólico que pueda encontrarse en el siglo XIX: “Todo esto hace nuestra historia política algo tan finalidad y sin propósito y tan desengañado que da gran dolor el tener que escribirla”.

Gran dolor y cierta melancolía habrían producido a don Juan los propósitos de este Gobierno de quitar diez, quince o treinta años para volver ¿adónde? ¿Adónde quieren ir a parar los ministros de Justicia y de Educación con unas reformas que no lo son sino desandar el camino mudando leyes apenas

ensayadas? Y no se diga que se trata de políticos no leídos ni instruidos. Uno, científico social, lleva escritos, para el placer de sus lectores, sutiles análisis sobre las causas que determinan que las encuestas de opinión nunca acierten al predecir los resultados electorales; el otro, científico jurídico, experto en construir impecables, si algo relamidas, peroratas sobre el imperio de la ley, y dizque el más progresista de los políticos vivos, contando los de la oposición.

Científicos y progresistas lo serán en el arte de restar a las mil maravillas, de destejer lo ya tejido. Suprimir los plazos en la legislación sobre aborto, eliminar de la enseñanza la ciudadanía, cambiar a la brava los programas de oposiciones, introducir la obligatoriedad –o sea, la privada concertada- en el primer curso de la segunda etapa de secundaria: hay quienes dicen que todo esto es para distraer al público de lo que verdaderamente importa, lo mismo que ya importaba en tiempos de Larra y Valera: la especulación de capitalistas, prestamistas y banqueros con los ahogos del erario. Si, tal vez haya algo de eso, pero toda la retórica que acompaña a estas medidas literalmente reaccionarias, y que impregna hasta la médula el programa del que forman parte, mira más atrás, a la restauración en la moral pública y en la educación de lo que, con tramposos eufemismos –tramposos por lo que ocultan- llaman protección del derecho a la vida y oferta educativa plural que permita responder a las preferencias de ideario de las familias.

Se nota que son científicos y que detestan la ideología. Pero la peor de las ideologías es la de quienes se proclaman enemigos de la ideología, porque son ellos quienes naturalizan su propia ideología: convierten en natural lo ideológico. Y en ese arte, desde los tiempos de fray Vélez a los de Rouco, la maestra en España ha sido y es la Iglesia católica. Por qué motivos en una sociedad secularizada, que desde hace medio siglo ha desertado sin pausa, y sin quebranto, la moral y la práctica religiosa, dos ministros cultivados pugnan por dar gusto a la fracción clerical-reaccionaria de su partido es grande misterio al que uno, como el confitero de Larra, que se había quedado dormido de confusión y pesadumbre, despertando despavorido, solo sabría responder: “¡Mi opinión, sí, mi opinión, señores, es que Dios nos asista!”

# *Escribir de política es llorar*

**Santos Juliá, El País, 20 de mayo de 2012**

Sí, a estas columnas, como a las reuniones de amigos, es menester venir llorados. Llorar en público, salvo por la muerte de alguien muy querido, debía castigarse con pena de arresto domiciliario, con privación de ordenador y cualquier medio de escritura. Pero cuando llevamos tantísimo tiempo escuchando de los políticos las mismas cantinelas sobre las herencias recibidas, sin enfrentarse nunca a la menor responsabilidad por lo que cada cual ha hecho en el pasado y sigue haciendo hoy, no queda más remedio que soltar una lágrima, de desesperación, se entiende.

Por ejemplo, enciendan ustedes el aparato de televisión a la hora de las noticias. Vean cómo se presenta la secretaria general del partido gobernante, tan dispuesta siempre ella a echar la bronca, cómo prepara el gesto, cómo extiende los brazos, cómo abre la boca, cómo habla... Para decir ¿qué? ¿Qué dice la señora de Cospedal? Pues su raza, raza, raza, sobre la herencia recibida y lo malísimo que fue aquel señor Zapatero. Eso es todo lo que dice. ¿Y el presidente, qué dice el señor Rajoy? Bueno, del presidente no hay nada que decir, en justa compensación por la nada que él dice.

Y así pasan los días, los meses, los años. Zapatero cambió radicalmente de política y no fue para ofrecer ni una conferencia de prensa. Nada. Rajoy ha cambiado radicalmente de programa político y no ha sido para ofrecer lo que ahora llaman un relato. Nada. En mayo de 2010 estuvimos a punto de rodar al fondo del abismo, y el presidente mudo, ni una palabra. En mayo de 2012 hemos estado a punto de hundirnos hasta el fondo del mar, y el presidente mudo, ni una palabra. Y sus segundos no hacen más que repetir, sobre esa nada, más que lo mil veces dicho, que la culpa la tienen otros, lo mismo que el general Franco cuando recitaba con aquella vocecita suya que de todo tenía la culpa la conspiración judeo-masónica-comunista.

Solo a fuerza de trompazos hemos llegado a vislumbrar que la responsabilidad de esta situación tiene nombres, que no habríamos llegado adonde estamos si no hubiera sido porque una nueva clase de políticos, financieros y promotores inmobiliarios tomó decisiones que, aparte de garantizarles millones de euros en sueldos, dietas, libre disposición de tarjetas

de crédito, blindaje de contratos, planes de jubilaciones, etc., han arruinado a entidades de crédito centenarias. No se destrozan instituciones como las cajas de ahorro así como así. Se necesitan, para ir amontonando tantos escombros, gentes rapaces, políticos ávidos de poder y dinero, administradores corruptos, consejeros cómplices, inspectores ciegos.

De las fusiones que han precedido al hundimiento de nuestro gigante, el primer responsable es el Partido Popular. El pacto entre los sindicatos y el gobierno del PP —vicepresidente, Rodrigo Rato— para entregar la presidencia de la entidad a Miguel Blesa es el origen de la trama. Luego vinieron los años de la rapiña, de los que todavía necesitamos el relato: de cómo llenaron de millones de euros sus arcas promotores inmobiliarios mientras los gestores de la entidad, ante el silencio de consejeros e inspectores, disponían de los ahorros de las gentes como cebo de redes clientelares en torno a la clase política que controlaba ayuntamientos y gobiernos autónomos.

El destrozo de Caja Madrid, Bancaja y otras cajas menores no es un efecto retardado de la caída de Lehman Brothers, ni de la ciega obstinación de la canciller alemana, ni es fruto de la conspiración de los mercados, sino de otra urdimbre más sórdida y silenciosa, la que han tramado los gobernantes de las Comunidades Autónomas de Madrid, de Valencia y demás, con promotores y ejecutivos bancarios. El complejo militar-industrial, denunciado por Eisenhower, se ha vuelto entre nosotros perfecta simbiosis político-financiero-inmobiliaria, que ahora acude al Estado, o sea al dinero público, que es en definitiva dinero de las clases medias asalariadas, para salvarles el pellejo. Aquel complejo armaba guerras; esta simbiosis provoca ruinas.

Es ilusorio exigir al gobierno un diagnóstico de la situación. Pues ¿cómo va a diagnosticar nada si el resultado solo puede consistir en una condena sin paliativos de un modo de hacer política del que sus gentes son los primeros, aunque no únicos, responsables? Por eso callan, por eso nadie, ni Cospedal, que tanto habla, ni Rajoy, que no habla nada, han dicho ni una palabra de la ruina de su preciosa y esquilhada Caja de Ahorros. Por eso nunca dirán nada y por eso escribir de política en Madrid es llorar. Aunque a la columna haya que venir llorados.